

La gran prueba estadounidense

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 2.11.08

Las elecciones norteamericanas del próximo martes van a decidir, entre otras muchas cosas, si serán el fin de un periodo de predominio del neoconservadurismo norteamericano. El de los llamados neocon, que tanto han apoyado a George W. Bush y han influido en sus ocho años de mandato presidencial. Los votos dirán si la fuerza del fundamentalismo religioso, el integrismo moral y el ultranacionalismo maniqueo seguirán teniendo entre los votantes el arraigo suficiente para contribuir a la victoria de John McCain, candidato que, en definitiva, representa al Partido Republicano que ha mantenido durante dos mandatos en la Casa Blanca a George W. Bush. Si gana Obama, sin duda el cambio en este sentido será ostensible. No en vano, ahora las circunstancias económicas evocan los motivos de la victoria de Franklin D. Roosevelt en 1932.

¿Hay motivo para la comparación? En todo caso lo hay para remitirnos a la historia. A la larga divisoria que ha partido a Estados Unidos, ya desde la guerra civil (1860-1865) que abolió la esclavitud de los negros. Pero que no terminó con su segregación y discriminación, las cuales duraron prácticamente hasta los años 60-70 del siglo XX contra todos los preceptos constitucionales. Y, aún ahora, en palabras de Barack Obama, "los males actuales de la comunidad afroamericana no existen sólo en la imaginación".

La segregación racial trazó en Estados Unidos una larga y honda zanja humana e ideológica. Pero no ha sido el factor único para poder hablar de dos Américas. Una, de comportamientos conservadores - con frecuencia

muy extremos y violentos- y otra más abierta y tolerante. La mentalidad conservadora se ha manifestado de maneras distintas en diversos periodos. Basta remitirse a los más destacados desde el siglo XX.

En los principios de esa centuria, motivó actitudes muy radicales de desencuentro en el inmenso país que venía de vivir y estaba viviendo las consecuencias de masivas y constantes olas de inmigración de cada vez más diversos lugares de procedencia. Ocasiónó el choque de las alteridades, objeto de los estudios de Tzvetan Todorov, al que recientemente se ha otorgado el premio Príncipe de Asturias. No se trataba sólo del comportamiento de blancos frente a negros, sino, por ejemplo, de protestantes de variadas confesionalidades contra católicos, malquistos por papistas. Por lo cual, la elección a la presidencia del católico John F. Kennedy en 1960 señalaba el fin de un envenenado prejuicio. ¿No vendría a establecer un hito semejante que Obama, un mulato nacido en las islas Hawái, avance alejado del territorio estadounidense en pleno Pacífico, gobernara desde el despacho Oval de la Casa Blanca?

El extremismo conservador de los años diez, veinte y treinta del siglo pasado tenía también otras connotaciones de duros odios y repudios, aparte del racismo agresivo que manifestaba su más visible presencia en el Ku Klux Klan. Así ocurría con el arraigo del antisemitismo o el puritanismo de la ley seca.

En la segunda mitad del novecientos el ultranacionalismo conservador, el integrismo religioso y el racismo se alimentaron en gran medida de sentimientos de adhesión patriótica desde la Segunda Guerra Mundial y el orgullo de pasar a ser la primera potencia política, militar y económica.

La idea de Estados Unidos como baluarte frente al mal, en este caso encarnado en la URSS y el comunismo. El activismo inquisitorial del senador McCarthy se cebó contra quienes podían representar de alguna manera a los Estados Unidos como abanderados de la libertad de expresión política, artística e intelectual. El liberalismo aparecía como compendio aborrecible de una izquierda que - se suponía- socavaba, paradójicamente, los principios virtuosos de los padres fundadores de la democracia norteamericana. Había en esta tendencia un rechazo visceral del new deal de Franklin Delano Roosevelt, que, más adelante, el neoconservadurismo en el poder de Nixon, Reagan y los dos Bush hizo cuanto pudo por desterrar a la buhardilla de los objetos obsoletos y perniciosos. El menos gobierno, menos protección social y manos libres para el mundo de los negocios adquirió casi un carácter de mandato impreso en el orden natural de las cosas. Mientras, el complejo militar industrial, contra el que se pronunció Eisenhower, así como el intervencionismo bélico y diplomático unilateral, adquirió un auge extraordinario con la presidencia de Bush.

En los años sesenta, la crisis del movimiento universitario a favor de costumbres sexuales y familiares más libres y contra la guerra de Vietnam coincidió con la lucha de los afroamericanos contra la discriminación que condujo a las leyes civiles de 1965-1967. Los asesinatos del presidente Kennedy y de su hermano Bob y del líder negro Martin Luther King fueron el vértice aparatoso y amenazador de la reacción ultraconservadora que venía gestándose desde mucho antes por el convencimiento de que el país derivaba hacia su autodestrucción moral y como nación. La supuesta gran conjura. Y fueron muchos quienes tanto desde el mundo del dinero como del intelecto y desde posturas fundamentalistas religiosas (especialmente los evangélicos)

coincidieron en la creación de un vasto tejido de centros de estudio y pensamiento, institutos, fundaciones, editoriales, libros, prensa escrita, radio y televisión y universidades con el fin de gestar "la salvación" moral y política del país, dotado de un "destino manifiesto". La culminación de este descalabrado esfuerzo han sido los ocho años del mandato presidencial de George W. Bush, el born again (cristiano renacido) que por sus excesos y errores deja a su sucesor el fardo de un legado que, para ser desatado y puesto en orden, necesitará dosis sobradas de genio, habilidad, pragmatismo y ética de la auténtica. Porque el mundo está entrando en un túnel en el que proliferan toda suerte de sombras.